

E. Polanco



AMARRADOS A NADA. PENDIENTES DE TODO.

Aurelio González Ovies. Escritor y poeta.

Profesor de latín en la Universidad de Oviedo.

Aquel que, un día, se va lejos de sus confines intuye desde entonces la intención de todo lo creado con otra cercanía: comprende mejor los mecanismos del olvido y desentraña, con precisión de demiurgo, los volúmenes de cuanto atañe al tiempo y sus premuras. *Auctaque forma fuga est* (con la separación se agranda la belleza), tal como defiende Ovidio en sus *Metamorfosis*. Ahí la determinante bifurcación de cualquier despedida. Ese es el doble filo de todas las clarividencias, el *jánico* oficio de quien camina hacia adelante tras haber dejado atrás una parte importante de su ser. Invertir la adversidad, vencerla, siempre en contra: percibir el dolor y trocarlo en belleza; asumir la distancia y aproximarse más que nunca a uno mismo, erigir convicciones desde el entramado de sus propias incertidumbres.

La singularidad es una excepción de lo común. La maestría una urgencia de la generalidad. Sin los artistas nada tendría proyección, todo carecería de espectador. Veríamos como con ojos vendados, con mucho desespero. Estamos carentes de maestros. Necesitados de guías que nos instruyan en las superficies de lo endeble, en la falsedad de lo aparente.

Los maestros del arte son aquellos que pincelan su dolor y patentan el de todos. Los que retratan su cuerpo para hablarnos de nuestra carne. Los que esculpen su experiencia vital y nos aleccionan sobre la solidez de la fragilidad. Euliser Polanco es uno de esos maestros. Su interioridad implica todo lo que los demás abarcamos del exterior. Una mirada suya propone más planteamientos que toda nuestra trayectoria entera. En él residen el porqué de muchos tonos –ocres melancólicos, resinas abatidas, cálidos caribeños, aguadas imprescindibles– y el origen de algún ángulo, de alguna perspectiva muy reciente. Es un maestro. En continuo progreso, pero un maestro. Porque descifra la luz y poetiza la sencillez y capta la esencia de lo que hasta entonces no concebíamos. Porque de su yo deducimos mucho nosotros. De sus ataduras, planteamientos de libertad. De sus espacios angostos, sensación de calma y desahogo. Del realismo apabullante de sus rostros, optimismo y sinceridad. De sus técnicas, intrigantes, sensuales y averiguadoras, nacen versiones impensables de la instantaneidad que nos condiciona, de la añoranza que nos atenaza y el absurdo que nos sistematiza.

Es un hacedor de designios. Un artífice de subterfugios. Construye alas como panoplias contra las restricciones para estimular la quietud. Extremidades de una actitud valiente, de una compostura inadaptada. Cimienta jaulas para materializar destinos irreversibles. Monta armazones en conmemoración del vacío. desnuda cuerpos con el tacto del amanecer, con el lirismo de la pasión. Expone su piel como ejemplo de extrañeza. Teje laberintos y propone escapatorias. Se vale de otras irrealidades para fundar un mundo más posible, un ahora menos trivial.

Las últimas piezas, madera y cuerdas, hacen imaginar a su autor sentado a la orilla de la soledad, descalzo, a la espera de lo que sus olas depositen en tierra firme extravíos para sus propósitos: troncos chicos, leños bruñidos, raíces antropomorfas, disímiles, donde reconocerse y tallar símbolos ancestrales, estigmas irrenunciables, neblina de su identidad rememorada a menudo, veneros patrios. Atávicas grafías que expresan una armonía antigua, primarios caracteres que no son sino metáforas de un único sentimiento universal: vivimos quietos, amarrados a nada, pendientes de todo, incompletos, quejosos, anudados al miedo y a los acomodados. Cual insecto apresado en la tela de araña del automatismo.

Los bastidores de E. Polanco cercan vida y fortifican rebeldía. La presión continua y poderosa que nos dirige y nos enajena es la misma que tensa las jarcias de sus obras, dinámicas y obstinadas en resurgir. En hallar consuelo. En aclamar amor. Por eso sus molduras conceden fe como antiguos rituales, ofrendan recogimiento como templos silenciosos, como hogares entrañables o brazos muy queridos. Por lo mismo que en sus creaciones anticipa existencia saludable, afirmaciones más concluyentes, enredos menos serviles.

Euliser Polanco Báez, compositor de circunstancias más atrayentes, en ocasiones, que los lapsos reales.

